

Contribuciones geográficas para comprender y resolver el conflicto ruso-ucraniano¹

Nick Megoran²

Recibido: 2 de octubre de 2021 / Aceptado: 20 de octubre de 2021

Resumen. La guerra de Ucrania plantea un riesgo excepcionalmente alto de que se produzca una escalada importante debido a designios, accidentes o errores de cálculo. No obstante, las causas y estímulos de la guerra no son nada excepcionales, porque se trata de disputas en torno a la forma de imaginar, llamar, organizar y controlar el espacio en las escalas locales, regionales (subnacionales), nacionales e internacionales. Este artículo, defendiendo una geografía que es “para la paz”, utiliza una concepción transescalar de cómo se interrelacionan el conflicto y la paz en el seno de los Estados e internacionalmente. Analizando diversos discursos gubernamentales y textos legales rusos, señala elementos principales de la geografía política del conflicto y, recurriendo a ejemplos comparativos, propone formas creativas en que se podrían tratar como parte de las negociaciones.

Palabras clave: conflicto ruso-ucraniano; guerra; geografía para la paz; negociaciones de paz; análisis transescalar.

[en] Geographical Contributions to Understanding and Resolving the Russo-Ukraine Conflict

Abstract. The war in Ukraine poses an exceptionally dangerous risk of major escalation by design, accident or miscalculation. However, the causes and drivers of the war are far from exceptional, being struggles over how to imagine, name, organize, and control space at local, regional (subnational), national and international scales. Advocating a geography that is “for peace,” this article uses a trans-scalar conception of how conflict and peace are interrelated within states and internationally. Analyzing a number of key Russian government speeches and legal texts, it identifies major political geographical elements of the conflict and, drawing on comparative examples, proposes creative ways in which they might be addressed as part of negotiations.

Keywords: Russo-Ukraine conflict; war; geography for peace; peace negotiations; trans-scalar analysis.

¹ Este artículo inédito ha sido escrito originalmente en inglés por el autor para esta revista. La traducción es de Adela Despujol.

² Professor of Political Geography, Newcastle University (Reino Unido).
Email: nick.megoran@newcastle.ac.uk
<https://orcid.org/0000-0002-5830-2293>

[pt] Contribuições geográficas para a compreensão e resolução do conflito russo-ucraniano

Resumo. A guerra na Ucrânia representa um risco excepcionalmente alto de uma grande escalada devido a projeto, acidente ou erro de cálculo. No entanto, as causas e estímulos da guerra não são excepcionais, pois são disputas em torno da forma de imaginar, nomear, organizar e controlar o espaço no âmbito local, regional (subnacional), nacional e internacional. Este artigo, defendendo uma geografia "pela paz", utiliza uma concepção transescalar de como o conflito e a paz se inter-relacionam dentro dos Estados e internacionalmente. Ao analisar vários discursos do governo russo e textos legais, aponta os principais elementos da geografia política do conflito e, com base em exemplos comparativos, propõe maneiras criativas de abordá-los como parte das negociações.

Palavras-chave: conflito russo-ucraniano; guerra; geografia para a paz; negociações de paz; análise transescalar.

Sumario. Introducción. 1. La geografía, la paz y la guerra actual – cuestiones territoriales. 2. Escala nacional: fronteras de Ucrania. 3. Escala regional: inclusión y diversidad étnicas. 4. Escala local: la memoria y la creación de lugares. 5. Escala internacional: la seguridad y la geopolítica europea. 5.1. Geopolítica y paz en Europa. Conclusión. Agradecimientos. Referencias.

Cómo citar: Megoran, N. (2022). Contribuciones geográficas para comprender y resolver el conflicto ruso-ucraniano. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 13(2), 285-309. <https://dx.doi.org/10.5209/geop.85077>

Introducción

En las primeras horas del 26 de septiembre de 1983 sonó una alarma en un búnker secreto al sur de Moscú. Las lecturas del ordenador de los nuevos sistemas de detección precoz de la Unión Soviética detectaron el ataque inminente de un misil balístico de Estados Unidos. El deber del oficial de guardia Stanislav Petrov consistía en informar de esas alertas a los líderes militares y políticos para que pudieran, en la sombría lógica de la Destrucción Mutua Asegurada, lanzar una represalia similar antes de que los ataques iniciales inutilizaran su capacidad de respuesta. Sin embargo, Petrov se detuvo: “La sirena sonó, pero me senté allí unos cuantos segundos, observando la gran pantalla roja retroiluminada con la palabra ‘disparen’”, contó posteriormente a un periodista de la BBC. Entonces surgió una segunda alerta, una tercera, una cuarta y, por último, una quinta. En el tenso clima de las relaciones entre las superpotencias —semanas después de que la URSS hubiera derribado un avión de pasajeros coreano— un ataque de EE UU no habría sido extraño, y un ataque de represalia habría sido casi seguro. No obstante, el instinto de Petrov le llevó a no respetar el procedimiento habitual y a registrar un error de funcionamiento en su lugar. Resultó que los satélites soviéticos confundieron unos reflejos de luz solar con la señal de un disparo de misil balístico intercontinental. Puede que la decisión de Petrov salvase al mundo de la guerra nuclear, pero, en un extraño giro de la vida, él recibió una reprimenda oficial (Aksenov, 2013).

Este no fue el único “incidente cercano a una explosión nuclear” entre Rusia y la OTAN. Por ejemplo, en 1979 un fallo de los ordenadores del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial (NORAD, por sus siglas en inglés), que informaron de la inminente presencia de misiles balísticos soviéticos, fue testigo de que el consejero

de seguridad nacional militarista Zbigniew Brezezinsky hizo despegar con urgencia aviones con armamento nuclear para iniciar una contrarrespuesta. En 1983, meses después de que se produjera el anterior incidente de septiembre, la Unión Soviética confundió los ejercicios militares “Able Archer” (Arquero Capaz) de la OTAN con un pretexto para llevar a cabo un ataque real y se preparó para la guerra. En 1995 el lanzamiento de un cohete científico noruego se confundió con un ataque de la OTAN sobre Rusia, cuyo presidente Boris Yeltsin dispuso submarinos con misiles balísticos para contraatacar. Se supo que se había informado a Rusia del lanzamiento, pero la burocracia rusa extravió la información (Barrett, 2016, p.5).

Hechos similares nos recuerdan que los errores de cálculo, los accidentes técnicos, los errores burocráticos y los errores de apreciación estratégica pueden originar escaladas catastróficas de violencia. Un escenario semejante no es improbable en la actual guerra ruso-ucraniana. En noviembre de 2022 Polonia consideró la posibilidad de invocar el Artículo 5 de la OTAN (un ataque contra uno es un ataque contra todos) cuando creyó que un misil ruso había matado civiles en Polonia (resultó ser un arma ucraniana que se había desviado). Rusia podría utilizar armas nucleares si se sintiera en peligro de perder la guerra terrestre, y Ucrania podría intensificar sus actividades (por ejemplo, perpetrando ataques espectaculares de inteligencia/espionaje en el territorio ruso) si se enfrenta a reveses en el campo de batalla o se estanca, y disminuye la intención de los partidarios occidentales de financiar un conflicto que no tiene un final previsible y que está perjudicando sus economías. Al expandirse la OTAN a Finlandia y Suecia, y al presionar los nacionalistas al gobierno georgiano para aprovecharse de la preocupación rusa por la guerra en Ucrania para volver a apoderarse de Osetia del Sur y Abjasia, la posibilidad de que se produzcan importantes escaladas es incalculable. De hecho, los presidentes de Rusia y de EE UU, y el Secretario General de las Naciones Unidas, han advertido que este terrible conflicto podría incrementarse hasta desembocar en una guerra nuclear ruso-OTAN que acabaría con la civilización.

Pero a pesar de este reconocimiento, los principales contendientes y sus partidarios han hecho poco para emprender la desescalada. Por el contrario, Ucrania ha procedido a una movilización militar masiva y ha prohibido por ley las negociaciones con la Rusia liderada por Vladimir Putin —en la práctica una política de cambio de régimen en Rusia—. Los países de la OTAN —aunque la propia alianza no lo haya hecho formalmente— continúan inyectando dinero, armamento y conocimientos en Ucrania: como dijo el consejero de seguridad nacional de Estados Unidos Jake Sullivan, el objetivo de Estados Unidos no es solo garantizar “una Ucrania libre e independiente”, sino también “una Rusia debilitada y aislada y un Occidente más fuerte, más unificado y más enérgico” (DeCamp, 2022). La propia Rusia ha redoblado sus ataques contra Ucrania y movilizado a cientos de miles de nuevas tropas y, asustada por el espectáculo del desastre de los “cambios de régimen” liderados por EE UU como los de Libia, Afganistán e Irak que se impusieron a Moscú, ha procurado fortalecer sus vínculos con autocracias que la apoyan como Irán y China. Y ha amenazado reiteradamente con la utilización de armas nucleares.

Se trata de una situación increíblemente peligrosa para el mundo. Mientras tanto, lo que se ha convertido de forma efectiva en una guerra por poderes de los miembros de la OTAN contra Rusia en Ucrania está demostrando que es ruinoso para la república, además de tener efectos catastróficos mundiales en los precios de la energía y el suministro de alimentos que perjudican ostensiblemente a los pobres del mundo.

Aunque la defensa de Ucrania podría ser moralmente justificable (sin duda Rusia es quien agredió primero y quien posteriormente perpetra crímenes de guerra sistemáticos), hemos observado en repetidas ocasiones que este tipo de guerras por poderes se prolongan durante años, causan un espantoso sufrimiento en los lugares donde se lucha y tienen consecuencias negativas imprevistas durante décadas. Pero, aunque la posibilidad de escalada nuclear hace que esta situación sea inusitadamente peligrosa, sus causas distan de ser excepcionales o inusuales. A pesar de que la toma de decisiones de Moscú se haya caracterizado por un enorme error de cálculo, no es irracional. En la esencia de este conflicto se hallan una serie de cuestiones de geografía política sobre el territorio bastante tradicionales, las fronteras, los límites fronterizos, las minorías y la geopolítica en la era del Estado-nación que tienen muchos paralelismos en la experiencia europea poscolonial y particularmente en la postsoviética. Como advierte Murphy, la guerra es un recordatorio de que “las normas y estructuras territoriales modernistas siguen teniendo importancia de formas profundamente trascendentales” (Murphy, 2022).

El argumento de este artículo es que, como la geografía política está en el núcleo de este conflicto, los geógrafos, en consecuencia, están bien situados para ofrecer posibles soluciones. Aunque el conocimiento geográfico haya sido crucial para la guerra en el Estado moderno, la disciplina de la geografía tiene una amplia tradición de reflexionar sobre la paz (Williams, Megoran & McConnell, 2014; Megoran & Dalby, 2018). El reciente ensayo que se ha realizado sobre la geografía y la paz reconoce que la inherente espacialidad del conflicto militar actual requiere investigar la paz como un concepto múltiple, controvertido, multiescalar y cargado de poder (Megoran, 2010; Williams & McConnell, 2011; Inwood & Tyner, 2011; Koopman, 2017). El objetivo de este artículo es esbozar como podrían ser las contribuciones geográficas a una solución pacífica de la guerra ruso-ucraniana, siguiendo a Gearoid Millar (2020) en la utilización de una concepción trans-escalar de cómo se interrelacionan el conflicto y la paz en los Estados, internacional y globalmente. Con este propósito, se analiza un ensayo de Vladimir Putin, que distingue cuatro quejas geográficas concretas en cuatro escalas (local, regional, nacional e internacional) y, recurriendo a otros ejemplos, explora cómo se pueden tratar estas cuestiones en las negociaciones. El sencillo mensaje de este artículo es: puesto que la geografía es fundamental para esta guerra, debe y también puede ser fundamental para la paz.

1. La geografía, la paz y la guerra actual – cuestiones territoriales

Con el fin de encontrar formas en que la geografía pueda contribuir a la paz en Ucrania, lo primero que debemos preguntarnos es de qué maneras la geografía es parte del motivo para la guerra. Ha habido una abundancia de comentaristas de geopolítica de difusión popular (*pop-geopolitics*) que sostienen que la geografía puede explicar los motivos de las intervenciones de Rusia en Ucrania bajo el mandato de Vladimir Putin. Empezaron, efectivamente, en 2014 con la anexión de Crimea y la desestabilización de partes del Donbas, pero se intensificaron con la invasión a gran escala de febrero del 2022. Por ejemplo, el periodista Tim Marshall, en su *bestseller* *Prisioneros de la Geografía*, plantea que la topografía de Rusia invita al militarismo. El país está protegido por montañas de un ataque por tierra en el interior de Asia, el Cáucaso y gran parte de Europa Occidental, pero la “Gran Llanura europea” por Ucrania y

Polonia es un punto débil en su armadura. “Putin no tiene opción”, declara Marshall en la primera página del libro: “al menos tiene que intentar controlar las tierras llanas hacia Occidente” (Marshall, 2015, p.vii). Este argumento retoma los enfoques de Halford Mackinder, que distinguió lo que llamó “La base física de la geografía política” (Mackinder, 1890) en su análisis sobre la competición de las grandes potencias para dominar Eurasia controlando Europa del Este, y sugirió la creación del “Estado amortiguador de Polonia” como barrera neutral entre Rusia y Europa Occidental (Mackinder, 1917, p.10).

Los argumentos de Mackinder han resultado tan atractivos para partidarios como Marshall porque son breves, convierten geografías y políticas complejas en verdades simplistas que parecen de sentido común y parecen tener un valor predictivo (Ó Tuathail, 1992). Sin embargo, aunque podrían parecer correctos superficialmente, el conocimiento básico que tienen de la geografía rusa es manifiestamente erróneo y sus afirmaciones han sido ampliamente examinadas de forma crítica (Megoran & Sharapova, 2013). Parece que no han tenido mucha importancia en los argumentos rusos de política exterior. Pero eso no quiere decir que la geografía política no sea importante. Todo lo contrario, como lo demuestra el análisis de las traducciones al inglés (es decir, las destinadas a un público internacional) de los discursos y afirmaciones hechas por Vladimir Putin y su ministro de Exteriores desde hace tiempo, Sergey Lavrov. Analizar los discursos de los jefes de Estado es un ejercicio de investigación peligroso, porque lo habitual es que hayan sido realizados en procesos iterativos por escritores de discursos y consejeros políticos, por lo que tenemos que ser cautelosos a la hora de atribuir, por ejemplo, significado psicológico personal a dichos textos. Puede que el propósito político sea tanto esconder como desvelar, engañar como esclarecer. No obstante, puesto que representan la autopresentación pública de un régimen, como Andrew March alega en su esclarecedor análisis de los textos del difunto presidente uzbeko Islom Karimov, constituyen escaparates útiles de la “retórica o ideología estatal” de un régimen autoritario (March, 2003, p.307).

La traducción inglesa del artículo de 5.000 palabras de Vladimir Putin “Sobre la unidad histórica de los rusos y ucranianos”, fechado el 12 de julio de 2021, sería fácil de pasar por alto porque se halla en la página web del Kremlin entre afirmaciones como “Felicidades por el centésimo aniversario del Teatro de la juventud de la Academia Rusa” y “Felicidades en el Día del Pescador”. Es largo y farragoso (un buen editor habría insistido en que hubiera subsecciones y subtítulos), y de un estilo declarativo en lugar de desarrollar argumentos fundamentados. Empezando con la insistencia de que el punto de partida de las relaciones interestatales ruso-ucranianas debe ser “que los rusos y los ucranianos eran un pueblo —un todo único—”, examina los supuestos orígenes de estos pueblos y cómo se separaron por las desastrosas políticas de la Unión Soviética y la injerencia de diversos europeos occidentales anti-rusos a lo largo del tiempo. Termina como empieza, con la afirmación de que los rusos y los ucranianos “son un pueblo”.

Las respuestas oscilan entre la preocupación y el rechazo (Dickinson, 2021), el presidente Zelensky bromeando: “Envidia que el presidente de semejante gran potencia pueda permitirse emplear tanto tiempo [escribiendo] tal cantidad de minucioso ensayo” (*Radio Free Europe / Radio Liberty*, 2021). Gran parte del discurso de Putin puede ser debatido y refutado; por ejemplo, la afirmación de que “las autoridades oficiales y los oligarcas locales” de Ucrania “robaron a la gente de Ucrania y guardan el dinero que han robado en bancos occidentales” es indudablemente cierta, pero

también es cierta de Rusia, algo que Putin no menciona. Su aseveración de que “Rusia ha hecho todo lo que ha podido” para detener la violencia, como lo evidenciaba la firma de los acuerdos de Minsk, apenas es creíble, y su alegación de que “la verdadera soberanía de Ucrania solo es posible en asociación con Rusia” es auténticamente orwelliana.

No obstante, donde se aparta de historias crípticas y negaciones flagrantes el ensayo tiene el valor de destacar una serie de agravios que mantiene Moscú —agravios que han de tenerse en cuenta en las futuras negociaciones que inevitablemente se llevarán a cabo para terminar la guerra—. Aunque los detalles específicos de las quejas de Rusia sobre la expansión de la OTAN son exclusivos de este caso, la mayoría de estos agravios son fallos ya conocidos del sistema de Estado-nación, que se encuentran en muchas otras disputas. Pese a que ninguno de ellos justifica ni remotamente la invasión de 2022, es importante entenderlos. En el resto de este artículo analizaré en profundidad este discurso, distinguiendo cuatro agravios relevantes para la geografía política: las fronteras y demarcaciones estatales, la diversidad y la inclusión étnica, la conmemoración del pasado soviético y la geopolítica de la expansión de la Unión Europea y de la OTAN. Estas corresponden a las escalas nacional, regional, local e internacional. Para cada escala plantearé las maneras en que se pueden abordar estos agravios en negociaciones futuras.

2. Escala nacional: fronteras de Ucrania

Un tema recurrente en el ensayo de Putin es que la imposición del sistema moderno de Estados-nación en Europa Oriental es artificial y ha tenido significativas consecuencias negativas. Putin considera los cambios en esta región del siglo XIX y principios del XX impactantes, pero particularmente subraya la importancia de la política soviética de la creación de una federación de repúblicas basadas en naciones, que contempla como una serie de “experimentos sociales” basados en su ideología de “revolución mundial que acabaría con los Estados nacionales”. Los bolcheviques, alega, “se pusieron a remodelar las fronteras (...) manipulando los territorios a su antojo, ignorando las opiniones de la gente” (Putin, 2021). Las fronteras internas de la URSS “entre repúblicas nunca se consideraron fronteras estatales”, pero pasaron a serlo de forma inesperada en 1991. Dado que Ucrania y Rusia se habían “desarrollado como un único sistema económico durante décadas”, la independencia originó una ruptura económica importante y el declive de muchas industrias. Las elites ucranianas postsoviéticas destacaron la diferencia de su pueblo, y “empezaron a mitologizar y reescribir la historia”, suprimiendo las historias comunes ruso-ucranianas y señalando la colectivización y la hambruna de los años treinta no como “una tragedia común” que le ocurrió a la Unión Soviética de forma general, sino como “un genocidio del pueblo ucraniano” por parte de los rusos.

De pocas de estas cosas disientirían los estudiosos convencionales de la geografía política de la Unión Soviética en líneas generales. El nacionalismo —la ideología de que el mundo se debería dividir en Estados de fronteras territoriales que representan e impulsan los intereses de sus naciones— es ampliamente reconocido como un fenómeno moderno que crea naciones donde no existían anteriormente (Kedourie, 1971 [1960]; Gellner, 1983; Nairn, 2003; Anderson, 1983; Hobsbawm, 1990), aunque se admita (con Anthony Smith) que muchas naciones modernas tenían raíces en

“etnias (*ethnies*) muy cohesionadas y conscientemente diferenciadas”, que después se convirtieron en los “centros étnicos” de las posteriores naciones (Smith, 1991, pp.37-38). En el contexto soviético Graham Smith (1996) puso de manifiesto el modo en que la Unión Soviética diseñó un sistema único y paradójico de federación supuestamente no nacional (la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS) basada en una unión de repúblicas constituidas nacionalmente (las Repúblicas Socialistas Soviéticas individuales, las RSS). Este hecho implicó la creación de fronteras en las RSS, proceso que Allworth (1990) considera la creación de naciones “donde antes no había ninguna”. Autores como Hirsch (2005) y Kassymbekova (2011) han indicado que la creación de fronteras internas de las RSS dio una dimensión espacial a estas identidades nacionales en las primeras etapas soviéticas, y los estudiosos se han ocupado de forma crítica de los proyectos de creación de naciones de los gobiernos de las repúblicas recién independizadas, criticando lo que Akbarzadeh (1996, p.30) denomina “la grosera falsificación de la historia”.

Putin no cita referencias en su ensayo, pero si hubiera querido podría haber recurrido a abundantes académicos occidentales para apoyar su crítica de lo artificial de las fronteras que se convirtieron en límites fronterizos internacionales en 1991. Pero en lo que los académicos se apartarían de Putin sería en el remedio que propone: suprimir dichos límites fronterizos y aplastar estas nuevas naciones por la fuerza. Hay dos razones legales para ello. La primera se relaciona con el requisito legal de que los Estados reconozcan las fronteras una vez que se han acordado. Es la suposición en derecho internacional del *uti possidetis* —esto es, que el límite colonial se convierte en delimitación internacional si no se ha dispuesto algo diferente (Marston, 1994, p.149)—. El especialista en límites fronterizos internacionales Geoffrey Marston sostiene que: “Una vez que una línea fronteriza se ha establecido, se haya demarcado o no, su existencia como creación legal vinculante para las partes ya no depende de la continuación del tratado o de la disposición del tratado que lo establecía” (Marston, 1994, p.146). Los límites fronterizos no pueden ser invalidados en un acto bilateral. Marston añade que un tercer Estado no estará obligado a reconocer el límite fronterizo poscolonial a menos que hubiera reconocido el límite fronterizo precolonial. Sin embargo, en este caso la Federación rusa como principal Estado sucesor de la URSS (Crawford, 2006, pp.676-678), que admitió la independencia de Ucrania en 1991, está obligada legalmente a aceptar la existencia de Ucrania como Estado con un límite fronterizo internacional. La segunda zona evidente de derecho internacional es la prohibición de apoderarse de un territorio por medio de conquista militar. Contraviene el Artículo 2.4 de la Carta (fundacional) de Naciones Unidas, que establece que “Todos los Miembros se abstendrán en sus relaciones internacionales de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas”. Boaz Atzili considera que este principio de la ONU de “fronteras inamovibles”, o la invalidez de apoderarse de un territorio y cambiar las fronteras por la fuerza, solo se ha incumplido diez veces desde 1950 (Atzili, 2007, p.142), y ninguno de estos ataques se han reconocido ampliamente en el nivel internacional³. Este principio se ha convertido en un pilar fundamental del derecho

³ Los diez casos que Atzili señala son: Israel de Siria, 1967; Israel de Jordania, 1967; Israel de Egipto, 1967; Irán de los Emiratos Árabes Unidos, 1971; India de Pakistán, 1971; Libia de Chad, 1973; Israel de Siria, 1973; Turquía de Chipre, 1973; China de Vietnam del Sur, 1974; y Armenia de Azerbaiyán, 1991-94. Añadiría que

internacional y no hay manera de que las negociaciones de paz puedan ponerlo en riesgo.

No obstante, al mismo tiempo, se pueden diseñar soluciones creativas a cuestiones particularmente espinosas y es razonable que se plantearan con relación a la península de Crimea. En su Ensayo, Putin afirmaba que: “El pueblo de Crimea y los residentes de Sebastopol hicieron una elección histórica” para formar parte de Rusia. Crimea, en poder de los otomanos, fue anexionada por Rusia en 1783, y constituida por Lenin en la República Socialista Soviética Autónoma de Crimea (RSSA) en la Federación Rusa. Esta entidad se disolvió en 1945, y en 1954 Crimea fue entregada a Ucrania, para conmemorar el tricentésimo aniversario de un tratado de paz entre Rusia y Ucrania (una medida política que se considera en Rusia un ejercicio de soberanía ilegítimo). En 1991 en un referéndum el 93 por ciento de los votantes votó por restaurar la RSSA, lo que algunos defendían que anulaba forzosamente el traspaso de 1954 (David y Duke, 1995). Las investigaciones posteriores pusieron de manifiesto un creciente desencanto entre los crimeanos con la soberanía ucraniana (Simonsen, 2000). El reciente (anterior a 2002) estudio de campo de Fumagalli y Rymarenko halló que el pacto de élites entre Kiev y Simferopol (la capital de Crimea) mantuvo controlado el movimiento irredentista prorruso de los años noventa. Pero este acuerdo se puso en tensión por la ucranización del lenguaje que llevó a cabo el presidente Yushenko y su apreciación de los ultranacionalistas ucranianos en la época de la Segunda Guerra Mundial. Este pacto se deshizo cuando, por las protestas del *Euromaidán* de 2013-14 y el posterior vacío de poder, las élites locales presionaron para que Rusia los anexionara (Fumagalli & Rymarenko, 2002).

En este contexto, Rusia sería extremadamente reacia a renunciar a sus reivindicaciones de Crimea, y Ucrania tampoco estaría dispuesta (con razón) a cederla bajo amenaza. Sin embargo, hay una serie de maneras en que se podría alcanzar un compromiso que reconozca el gobierno *de facto* de Rusia y la soberanía *de iure* de Ucrania sobre Crimea. Una podría ser una aceptación temporal y operativa *de facto* del *statu quo* que posibilite cierto grado de cooperación, aunque formalmente se abstenga del reconocimiento (como ocurre entre la República de Chipre y la República turca del Norte de Chipre, o de forma parecida a la forma en que la RFA trató la RDA durante la Guerra Fría y las potencias de la OTAN la incorporación por la URSS de las repúblicas bálticas. Una segunda opción sería el condominio, en que dos (raramente tres) Estados comparten la soberanía de cierto territorio. Se solían utilizar principalmente por las potencias coloniales. Hoy en día los ejemplos son escasos, pero entre ellos está la Isla de los Faisanes, en el Río Bidasoa, que, según el Tratado de Bayona de 1856 entre Francia y España es un condominio entre ambos países, que se concretó más adelante en un cambio de soberanía entre los dos Estados cada seis meses. De forma análoga, Timor Oriental y Australia establecieron una zona económica marítima conjunta con el fin de compartir la extracción de recursos marinos a pesar de ser incapaces de ponerse de acuerdo en la delimitación marítima.

Estos ejemplos de territorios inhabitados no son apropiados para Crimea, pero nos recuerdan que la soberanía se puede reelaborar en beneficio mutuo. Quizá sea más relevante una tercera posibilidad de una autonomía significativa para Crimea en

podría ser dudoso que el último sea de esa clase, que Turquía no intentó anexionarse territorio chipriota y que Israel devolvió el Sinaí a Egipto como parte de los acuerdos de paz, que pueden ser el modelo para enfrentarse a algunos de estos otros casos.

Ucrania, bajo observación internacional (Henrikson, 2022, p.30), en la que Rusia sea reconocida como una parte que apoye a los rusos étnicos en el territorio. Una cuarta opción es un arrendamiento (*leasing*) territorial, definido por Okunev como “un territorio soberano temporalmente transferido a otro Estado para que lo posea o utilice” (Okunev, 2019, p.220); por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XIX China arrendó (*leased*) territorio a Rusia, Portugal, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón, siendo el último arrendamiento el de Macao a Portugal, que expiraba en 1999. En épocas recientes Rusia hizo una serie de arrendamientos territoriales. Un trato de la era soviética para arrendar parte del Canal Saimaa a Finlandia se amplió en el periodo postsoviético hasta 2063, llevando al canal a jurisdicción finesa, pero permitiendo a los negocios rusos el paso sin restricciones. La ciudad kazaja de Baikonur “es el territorio arrendado mayor del mundo y tiene un estatus legal y político único” (Okunev, 2019, p.222); en 1992 Rusia se aseguró un arrendamiento del territorio hasta 2050, debido a la importancia que tiene en el programa espacial ruso. Kazajistán ejerce la soberanía sobre la ciudad, pero está sujeta a la jurisdicción rusa, y son los tribunales, colegios y hospitales rusos los que funcionan en el territorio. No obstante, aunque formalmente sea una ciudad rusa, sus autoridades legislativas y ejecutivas no están representadas en el Consejo de la Federación Rusa, y el jefe del gobierno de la ciudad es nombrado por los presidentes de los dos países. Semejante modelo se prestaría a ayudar a resolver este aspecto del conflicto actual: Ucrania podría arrendar Crimea a Rusia durante un periodo determinado, con una disposición para evacuar consultas sobre cuestiones relevantes como la protección de los derechos civiles, culturales y lingüísticos de los grupos nacionales no rusos de la península (que incluye a ucranianos y tártaros). Esto permitiría a Ucrania evitar la cesión de la soberanía formal, a Rusia evitar la humillación de abandonar el control de la península, y a la población local permanecer bajo el control ruso.

Tales disposiciones podrían ser moderadas por elementos de soberanía compartida para abordar las cuestiones cotidianas e intercomunitarias que se planteen en Crimea. Por ejemplo, el Acuerdo del Viernes Santo que pretendía acabar con “los problemas” en Irlanda del Norte incluía elementos confederales y federales que eran tanto panirlandeses como panbritánicos, como el Consejo Ministerial Norte-Sur (NSMC, por sus siglas en inglés) de toda Irlanda. Según Brendan O’Leary, el pacto establecía un aparato institucional que “hacía binacional a Irlanda del Norte” y consolidaba “elementos imaginativos de cosoberanía” (Lerner, 2011, pp.188-189). Estas disposiciones permitieron que los nacionalistas de ambos bandos reivindicaran que habían logrado un buen compromiso, y eludieron los imperativos alternativos del sistema territorial de Estados-nación.

3. Escala regional: inclusión y diversidad étnicas

El segundo tema llamativo del ensayo de Putin, desde una perspectiva geográfico-política, es la queja de que los rusos étnicos han visto que sus derechos lingüísticos y culturales eran discriminados por políticas estatales ucranianas excluyentes. Putin describía un ataque a la lengua rusa por parte de las autoridades posteriores al *Maidán* que “primero trataron de derogar la ley de la política lingüística estatal”, después promulgaron leyes para purificar las estructuras de poder, y también, “la ley de educación que virtualmente eliminaba el ruso del sistema educativo”. Además,

alega Putin, un proyecto de ley de mayo de 2021 referente a “los pueblos autóctonos” implicaba que “solo se reconocen como autóctonos los que constituyen una minoría étnica y no tienen su propia entidad estatal fuera de Ucrania”. Todo esto, concluyó, es problemático en un lugar “que es muy complejo desde el punto de vista de su composición territorial, nacional y lingüística”. Putin considera que el propósito acumulativo de estas leyes es “un cambio obligado de identidad” y “una asimilación forzosa, la formación de un Estado ucraniano étnicamente puro” que implica que “la totalidad del pueblo ruso puede disminuir en cientos de miles de personas o incluso en millones” (Putin, 2021).

Putin considera que el lugar de esta supuesta “asimilación forzosa” es la región del Donbas —que también fue el foco de resistencia—. “La gente del sudeste intentó defenderse”, afirmaba, pero al hacerlo “se les tachó de separatistas y terroristas” y “se les amenazó con la limpieza étnica y la utilización de la fuerza militar”. Los ucranianos, se quejaba Putin, “no tienen intención de debatir ni el estatus especial del Donbas ni garantías para la gente que vive allí”. En consecuencia, “los residentes de Donetsk y Lugansk tomaron las armas para defender su casa, su lengua y su vida”. Así pues, preguntaba retóricamente “¿Les quedaba otro remedio tras los disturbios que se propagaron en las ciudades de Ucrania?” (Putin, 2021).

Las cuestiones que plantea Putin —trataremos la veracidad que tienen en breve— son cuestiones endémicas en el sistema de Estados-nación, que imponen límites fronterizos políticos nítidos en lugares cuyas complejas geografías étnicas contradicen las divisiones simples de dichas líneas. En un contexto en que los Estados postsoviéticos recién independizados han sido gobernados por “regímenes nacionalizantes” (Brubaker, 1996; Bohr, 1998), las minorías étnicas “abandonadas” por el hundimiento del Estado multiétnico se encontraron no solo cada vez más privadas de las redes económicas, culturales, educativas y familiares que tenían previamente, sino cada vez más marginadas en los procesos de creación estatales no inclusivos (véase, por ejemplo, Diener, 2004; George, 2009; Megoran, 2017). Además, en el espacio postsoviético los Estados se han interesado frecuentemente por el asunto del bienestar y los derechos de los parientes étnicos que estaban en países extranjeros: así Kazajistán, por ejemplo, ha patrocinado el “regreso” de “los *oralmandar*” (kazajos étnicos que son ciudadanos de Estados vecinos) (Diener, 2009). De igual modo, algunos Estados externos han prestado diversas maneras de apoyo cultural y de otra índole, además de agilizar visados de inmigración y otros procedimientos, a sus minorías de allegados en los países postsoviéticos (por ejemplo, Alemania, Grecia, Israel y Corea del Sur). De una forma muy parecida, Rusia se considera la defensora de las minorías rusas abandonadas por el hundimiento de la URSS, como pone de manifiesto el ensayo de Putin. La mayoría de la población étnicamente rusa, y los partidarios —antes del actual conflicto— de los partidos políticos prorrusos, viven en el este de la República (Clem & Craumer, 2008). La preocupación de Putin por las poblaciones de etnia rusa de Ucrania —especialmente en la región del Donbas, donde vive la mayoría de ellos— no tiene nada de excepcional en la política postsoviética.

Pero ¿cómo se puede resolver esta cuestión? Según se ha expuesto anteriormente, la anexión rusa no se puede aceptar —a pesar de los resultados de los falsos plebiscitos de septiembre de 2022— y todas las fuerzas regulares e irregulares rusas deben retirarse. Sin embargo, hay que proteger y garantizar los derechos civiles y culturales de la minoría rusoparlante y de otras minorías en el Donbas de forma que no sea

necesaria la presencia de las tropas rusas para protegerlos. Los acuerdos de Minsk de 2014 y 2015 pretendieron hacerlo, pero fracasaron por diversas razones (Åtland, 2020). Una manera prometedora de avanzar es el modelo de Autonomía No Territorial (ANT) diseñado concretamente en las tierras de frontera danesas y alemanas. Se produjo una enconada disputa etnoterritorial en el siglo XIX cuando la era de nacionalismo democrático puso de relieve la discrepancia entre los límites fronterizos estatales y la afiliación étnica, que acabó en dos guerras importantes (entre Dinamarca y Rusia), ocupación y opresión, cambios de límites fronterizos y generaciones de resentimiento. No obstante, en uno de los casos más memorables de pacificación en la Europa posterior a 1945, la cuestión se resolvió fundamentalmente gracias a un proceso que comenzó con las declaraciones de Bonn y Copenhague de 1955 que garantizaban los derechos culturales, lingüísticos, educativos y espirituales de las minorías (Megoran, 2011).

Lo que nació de esta experiencia es quizá el ejemplo por excelencia de la ANT, descrito por el experto danés Tove Malloy como “una política para adaptar la diversidad en las sociedades multiculturales delegando poderes en instituciones definidas de forma característica e integradas legalmente de tipo político, cultural, social y esporádicamente económico dirigidas por organizaciones de minorías” (Malloy, 2017, p.183). Incluye convenios en virtud de los que se ha otorgado a los miembros de las minorías etnoculturales algún tipo de autonomía cultural (por ejemplo, organizando sistemas educativos, lugares de culto, y vida cultural/asociativa) donde instituciones de minorías existen junto a las estatales (Klatt, 2022, p.908). Como Klatt hábilmente observa, el sistema de Estados-nación da prioridad a la integridad territorial e incluye el estímulo a la homogeneidad en la nación, que se define como la titular etnoculturalmente, y por tanto incita a las minorías culturales a considerarse naciones subestatales que luchan por su propio Estado (Klatt, 2022, pp.906-907). En cambio, la ANT prometió la participación política de las minorías nacionales y es, por consiguiente, una herramienta para gestionar la diversidad que no cuestiona la integridad territorial —algo que ha fracasado en Ucrania—. ¿Podría la ANT aportar algo en este caso?

Klatt y Malloy son ambos estudiosos vinculados al Centro Europeo para Asuntos de las Minorías (ECMI por sus siglas en inglés), un instituto de investigación en política basado en las tierras fronterizas germano-danesas que examina el potencial de la ANT para contribuir a abordar disputas etnoterritoriales en Europa. En 2017 Iryna Solonenko hizo un amplio informe de la ECMI sobre la protección de minorías y las cuestiones de diversidad en Ucrania. Según el censo de 2001, hay más de cien grupos nacionales en el país, siendo los 8.334.100 rusos el grupo mayoritario que constituyen el 17,3 por ciento de la población, siendo una alta proporción de la población en las regiones de Donetsk (38,2%), Luhansk (39%), Jarkov (25,6%) y Zaporíyia (24,7%) (Solonenko, 2017, p.4). Para reconocer la multiplicidad de los grupos étnicos, en los años 1990 Ucrania firmó acuerdos bilaterales con los Estados afines de sus minorías mayoritarias, que incluyen Hungría, Polonia, Moldavia, Rumanía, Bielorrusia y Rusia, que regulaban la concesión de derechos a las minorías nacionales. Por ejemplo, el “Acuerdo de Amistad, Cooperación y Asociación entre Ucrania y la Federación Rusa” contiene un artículo dedicado a las minorías nacionales, algo conciso e impreciso al ofrecer “respeto” para ellas (Solonenko, 2017, p.16). En realidad, el ECMI averiguó que, aunque la legislación de Ucrania prohíbe la discriminación y promueve la igualdad de derechos, era deficiente a la hora de

ponerlo en práctica y que no contenía casi ninguna medida positiva para proteger a las minorías nacionales, tales como la preservación de la lengua, la cultura y la identidad de grupos concretos, garantías sociales gubernamentales, o condiciones especiales para ejercer ciertos derechos. Informa de que leyes controvertidas como la Ley de Educación de 2017 (señalada por Putin en su ensayo) que obliga a las minorías a dedicar más tiempo a estudiar ucraniano provocó protestas oficiales no solo de Rusia sino de otros Estados con minorías afines como Rumanía y Hungría (Solonenko, 2017, p.41).

El informe contenía muchas recomendaciones. Eran tanto negativas, enmendar las leyes que Putin criticaba como la de educación y la limitación de las lenguas minoritarias en los medios de comunicación, como positivas, incluyendo la adopción de una ley amplia sobre las minorías nacionales que definiera responsabilidades y competencias. También recomendaba cambios institucionales para contribuir a la puesta en práctica de estas medidas, como la constitución de instituciones independientes capaces y dotadas de fondos suficientes que actuasen de garantes, y la creación de mecanismos consultivos efectivos con los representantes de las minorías nacionales para debatir y tratar sus preocupaciones legítimas (Solonenko, 2017, pp.44-45).

Dichas propuestas, que podrían desarrollarse con organismos como el ECMI, ofrecerían una manera para progresar en la disputa regional sobre el Donbas que proteja tanto la integridad territorial de Ucrania como los derechos de las minorías nacionales que se sienten acosadas por los regímenes nacionalizantes que han dominado Kiev (especialmente desde 2013). Es una forma de manejar los peculiares problemas de la diversidad inherentes al sistema de Estados-nación y que han adoptado ciertos Estados integrantes de la antigua Unión Soviética.

4. Escala local: la memoria y la creación de lugares

El ensayo de Putin hace referencia a los “neonazis ucranianos” y uno de los objetivos de la posterior invasión se promocionó como la “desnazificación” de Ucrania. No se cuestiona la presencia de grupos de extrema derecha, que adoptaron posiciones favorables a los movimientos nacionalistas antisemíticos pronazis de la Segunda Guerra Mundial, en las protestas del *Euromaidán* de 2013 (Ryabchuk, 2014). Pero la propaganda rusa exageró considerablemente el significado de dichos grupos marginales mucho más allá de la influencia política o importancia social que tenían realmente. ¿Qué quiere decir Putin con esta aparente obsesión por el “nazismo”? Merece la pena citar literalmente este pasaje de su discurso:

Creo que también es natural que los representantes de Ucrania una y otra vez voten contra la resolución de la Asamblea General de las NU que condena el enaltecimiento del nazismo. Manifestaciones y procesiones con antorchas en honor de los restantes criminales de guerra de las unidades de las SS se producen con la protección de las autoridades oficiales. Mazepa, que traicionó a todo el mundo, Petliura, que pagó la protección polaca con tierras ucranianas, y Bandera, que colaboró con los nazis, reciben el trato de héroes nacionales. Todo se hace para borrar de la memoria de las jóvenes generaciones los nombres de los genuinos patriotas y vencedores, que siempre han sido el orgullo de Ucrania (Putin, 2021).

Las referencias a la “memoria” y a acontecimientos específicos como las “manifestaciones” son significativos en este caso, tanto para entender la cuestión como para examinar detenidamente de qué forma se podrían abordar en un acuerdo de paz. Se relacionan con acontecimientos que se producen en lugares específicos, locales.

Un artículo de Ishchenko nos ayuda a comprender la política de la memoria en Ucrania. La política de la memoria del presidente Yuschenko, argumenta, glorificó la lucha antisoviética de los nacionalistas ucranianos durante y después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la Organización Ucraniana de Nacionalistas (OUN) y el Ejército de Insurgentes Ucranianos (EIU). El retrato de la nación ucraniana como objeto del genocidio soviético (es decir, ruso) “iba acompañada de la negación o justificación de la colaboración de los nacionalistas ucranianos con los nazis en el principio de la Segunda Guerra Mundial, su participación en el Holocausto, y la limpieza étnica de hasta 60.000 polacos en Volhynia en 1943” (Ishchenko, 2011, p.369). Yuschenko concedió los títulos de “Héroe de Ucrania” a los líderes nacionalistas ucranianos de la Segunda Guerra Mundial Roman Shukhevych y Stepan Bandera, y en 2007-9 inició una oleada de ataques a los monumentos de la época soviética, que a menudo implicó que estatuas de Lenin sufrieran el vandalismo de los nacionalistas, que en ocasiones pintarrajeaban sobre ellas símbolos pronazis y antisemíticos (Ishchenko, 2011, pp.381-382). Un ensayo más reciente de Rozenas y Vlasenko amplía este argumento. Las protestas del *Euromaidan* “desataron una oleada masiva de derribos” de monumentos de figuras soviéticas, conocidas localmente como *Leninopad* (“la caída de Lenin”) que produjeron “una rápida transformación del espacio público de Ucrania” (Rozenas y Vlasenko, 2022, p.1261). En respuesta, las organizaciones separatistas, que se oponían activamente al *Leninopad*, utilizaron símbolos soviéticos en su campaña de relaciones públicas, politizando aún más la eliminación o el mantenimiento de estos símbolos. En estas protestas, en que fue derribada la estatua de Lenin del centro de Kiev en diciembre de 2013, se recitaron en el escenario poemas xenófobos y antisemíticos y circularon y fueron tolerados eslóganes que incluían “Ucrania sobre todo” —haciéndose eco del eslogan nazi de “*Deutschland uber alles*” (“Alemania por encima de todo”)— y “Gloria a la nación – muerte a sus enemigos” (Ryabchuk, 2014, p.7). Nada tiene de extraño que no solo fueran Rusia y las minorías rusas quienes se opusieran a esta política de la memoria. En 2020 Israel y Polonia, extrañamente, compartieron una recriminación contra Ucrania por permitir los fastos nacionalistas en honor de los colaboradores con el Tercer Reich Stepan Bandera y Andryi Melnyk. Las fuerzas de Bandera mataron a miles de judíos y polacos, de modo que “honrar a estos individuos es un insulto” que les causó “gran inquietud y aflicción”, escribieron los embajadores de ambos países en una carta que firmaron conjuntamente (Liphshiz, 2020).

Notablemente, son procesos que se deben poner en práctica localmente y producirse localmente. Por ejemplo, Fumagalli y Rymarenko, en su investigación sobre la manera en que las élites de Crimea dieron la espalda a Kiev y solicitaron la anexión rusa, llaman la atención sobre el enfado por un decreto gubernamental de 2007 que ordenaba que todas las autoridades regionales, incluyendo el gobierno de Crimea y el consejo municipal de Sebastopol, deberían organizar acontecimientos públicos para conmemorar el sexagésimo quinto aniversario de la fundación del EIU (Fumagalli & Rymarenko, 2022, p.13). La literatura de la geografía de paz ha subrayado que “la paz tiene un componente espacial y por ello puede interpretarse con el prisma

del espacio y el lugar” (Björkdahl, 2021, p.139). Los lugares, como los pedestales de los monumentos, los ayuntamientos en los que se cuelgan los estandartes, y las calles por las que discurren las manifestaciones, son “lugares de enfrentamiento que se crean y se recrean” (Lynn & Fryer, 1998, p.570). Si la paz es un proceso espacial disputado, compuesto de prácticas y actores en múltiples escalas (McConnell *et al.*, 2014), permitir a las comunidades locales que tomen sus propias decisiones sobre las conmemoraciones podría aplacar las tensiones de las políticas impuestas por el gobierno sobre la forma adecuada de recordar a las figuras de la época nazi o soviética.

La sugerencia del Kremlin de que Ucrania está llena de nazis no es cierta, y sirve para escribir el guion de su invasión desde el punto de vista de la lucha justa de la Gran Guerra Patriótica entre 1941 y 1945. No obstante, la celebración de los ultranacionalistas de la época nazi por una parte ha introducido (o ejemplificado) un mayor grado de xenofobia en Ucrania, y ha apartado del Estado a las minorías que eran víctimas del nazismo, especialmente a los rusos, aunque no exclusivamente. Un tratado de paz que prohíba la forma de conmemorar que tiene Ucrania y de enseñar su historia no es ni razonable ni se puede imponer. Pero, puesto que estos debates se producen muy frecuente y visiblemente basados en el lugar, en el nivel local de los monumentos y las conmemoraciones, un acuerdo podría permitir que las comunidades locales tomaran sus propias decisiones en estas cuestiones.

5. Escala internacional: la seguridad y la geopolítica europea

En cuarto y último lugar, en la escala internacional la geopolítica aparece como elemento significativo del ensayo de Putin. Sin embargo, no se trata del determinismo de escritores como Marshall que está obsesionado con llanuras, montañas y ríos —Putin no se refiere a la topografía—. Sino que lo que le preocupa a Putin son las ideas cartográficas regionales de Europa protegidas o amenazadas por los bloques militares y políticos. El considera que Ucrania es un títere en los planes geopolíticos de Occidente: “Paso a paso, Ucrania fue arrastrada a un juego geopolítico peligroso que tenía por objetivo convertirla en una barrera entre Europa y Rusia, una plataforma contra Rusia”, escribe (Putin, 2021). Señala, concretamente, a la UE y especialmente a la OTAN como los principales culpables:

Somos testigos no solo de la total dependencia sino del control externo directo, incluyendo la supervisión de las autoridades ucranianas, de los servicios de seguridad y de las fuerzas armadas por consejeros extranjeros, del “desarrollo” militar del territorio de Ucrania y de la instalación de la infraestructura de la OTAN. No es coincidencia que la ley flagrante de “los pueblos autóctonos” mencionada anteriormente se adoptara bajo la pantalla de unos ejercicios a gran escala de la OTAN en Ucrania (Putin, 2021).

Putin expone que la expansión de la OTAN es algo que supone a Rusia una especial preocupación. Pero, se queja, “siempre nos dijeron que Rusia no tenía nada que ver en ello y que la cuestión sólo atañía a la UE y a Ucrania. *De facto*, los países occidentales rechazaban los numerosos llamamientos al diálogo”. Aunque se haya derramado mucha tinta en el debate actual del papel de la expansión de la OTAN en

el desencadenamiento de la guerra actual, el deslizamiento de Putin entre la OTAN, la UE y los “países occidentales” está esclareciendo la cuarta escala de política geográfica en que este conflicto —y por extensión la consecución de una paz negociada— se produce. Dada la aparente preocupación de Putin con la OTAN merece la pena examinar la historia de su expansión.

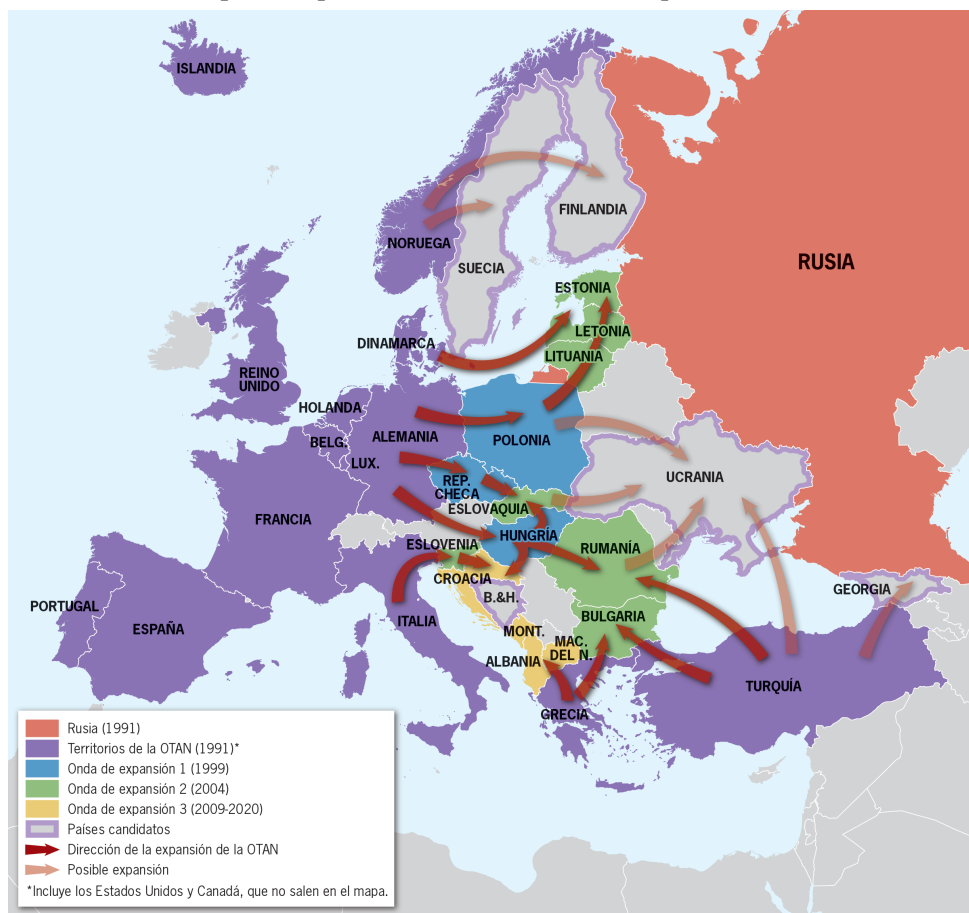
Con sede en Bruselas, la OTAN se creó en 1949 principalmente para contrarrestar a la Unión Soviética (Park, 1986). Con el final de la Guerra Fría su razón de ser aparentemente se esfumó y parecía que había motivos razonables para eliminar la OTAN y diseñar una nueva arquitectura de seguridad para una nueva época. Pero, como escribe Robert Hunter (antiguo embajador estadounidense en la OTAN), “En ningún momento, no obstante, Estados Unidos ni los otros aliados de la OTAN se tomaron en serio la preferencia rusa de que la propia OTAN se disolviera como lo había hecho el Pacto de Varsovia, y que Rusia participaría en igual medida en la creación de una nueva institución para proporcionar seguridad al continente” (Hunter, 2002, p.9). En vez de ello, EE UU presionó para que la OTAN se expandiera. ¿Por qué ocurrió esto?

Haluk Dogan (2022, capítulo 5) sostiene que la administración de George Bush padre rehusó proseguir la expansión de la OTAN porque había prometido a Mikhail Gorbachev no extender la OTAN “ni un milímetro a Oriente” si Rusia permitía que una Alemania reunificada formara parte de la alianza. Se trata de una afirmación cuestionada, sin documentos que lo prueben, pero las élites rusas parecen pensar que se lo habían prometido. No obstante, continúa Dogan, la presión para que se expandiera la OTAN tiene una serie de orígenes con la conquista democrática de la Casa Blanca por parte de Bill Clinton en 1994. Los halcones del Partido Republicano, a quienes había inquietado que el fin de la amenaza soviética eliminara la justificación de la masiva presencia militar de EE UU en Europa, presionaron a Clinton para que retirara las promesas de Bush. Los líderes de los Estados postsocialistas de Europa Central solicitaron al nuevo presidente la pertenencia a la OTAN como garantía contra un futuro resurgimiento ruso, y las organizaciones que tenía la diáspora en EE UU presionaron de forma eficaz a los políticos de EE UU. Asimismo, los contratistas militares de EE UU vieron una oportunidad para vender armamento a los Estados de Europa del Este si se incorporaban a la alianza, y Bruce Jackson de la Lockheed Martin fundó el Comité para Expandir la OTAN (*Committee to Expand NATO*) con el fin de presionar al Congreso. Al mismo tiempo, facciones pro-occidentales de la élite rusa, encabezadas por Boris Yeltsin, atenuaron su oposición a la expansión de la OTAN. Esta presión culminó con la aprobación de 1996 de la Ley de Agilización de la Expansión de la OTAN (*NATO Enlargement Facilitation Act*) por parte del Senado y la Cámara de Representantes de EE UU.

No obstante, distaba mucho de gozar de aprobación universal en Occidente, como reflejó la llamativa intervención pública del diplomático e historiador estadounidense retirado, George Kennan, cuyo artículo de *Foreign Affairs* de 1947 sobre “Las fuentes de la conducta soviética” había influido en la formulación de la política de EE UU de “contención” de Rusia de la Guerra Fría. En 1996 un Kennan de 92 años escribió en el *New York Times* su opinión de que “expandir la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la época de la Posguerra Fría” (Kennan, 1997). Consideraba este paso innecesario (porque Rusia no planteaba ninguna amenaza aparente a EE UU) y desafortunado porque desaprovechaba las “prometedoras posibilidades originadas por el final de la Guerra Fría”. Planteaba que

tendría una serie de consecuencias negativas: exacerbar “las tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas” en Rusia; dificultar “el desarrollo de la democracia rusa”; restablecer “la atmósfera de la Guerra fría en las relaciones Este-Oeste”; obstaculizar las negociaciones para reducir de armas nucleares; e impulsar “la política exterior rusa en direcciones que decididamente no son de nuestro agrado”.

Mapa 1. Expansión de la OTAN en Europa del Este



Fuente: Elaboración propia.

Las advertencias de Kennan fueron desatendidas, y la OTAN se expandió hacia el Este en la República Checa, Hungría y Polonia en 1999, y Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia en una segunda oleada en 2004, ignorando las inquietudes rusas que se habían expresado repetidas veces. La inflexión se produjo en la Cumbre de la alianza de Bucarest en 2008, que declaró que “la OTAN da la bienvenida a las aspiraciones euroatlánticas de Ucrania y Georgia a pertenecer a la OTAN” y “acordó hoy que estos países serán miembros de la OTAN” (NATO, 2008). A continuación, una tercera oleada de la expansión convirtió en miembros a Albania, Croacia, Montenegro y el Norte de Macedonia (véase el Mapa 1).

El argumento de Kennan fue ratificado por el pensador realista John Mearsheimer (2014) en otro artículo de *Foreign Affairs*, “Por qué la crisis de Ucrania es culpa de Occidente”. Sostenía que la ampliación de la OTAN, la expansión de la UE y el fomento de la democracia eran considerados por Putin una amenaza para Rusia, pero Washington no lo reconocía debido a las “falsas ilusiones liberales” respecto al supuesto triunfo inevitable de la democracia (neo)liberal de la Posguerra Fría. En 2013 cuando el presidente electo Yanukóvich optó por un acuerdo económico con Rusia más lucrativo frente al acuerdo con la UE, hubo manifestaciones violentas que provocaron su derrocamiento y sustitución por un gobierno prooccidental y antirruso. Este hecho, mantenía Mearshiemer, desencadenó la anexión rusa de Crimea y la intervención desestabilizadora que realizó en el Este del país. La consiguiente respuesta de la OTAN en la que prometía un aumento de ayuda militar “solo empeorará una mala situación”, predijo (Mearsheimer, 2014, p. 87). La solución, indicaba, consistiría en que EE UU y sus aliados “abandonen sus planes para occidentalizar Ucrania” y en cambio “aspien a convertirla en una barrera neutral (*neutral buffer*) entre la OTAN y Rusia”, estimulándola con un plan de rescate económico conjunto de Rusia, EE UU, el FMI y la UE.

En una sesión del Senado en abril de 1997 Madeline Albright, Secretaria de Estado de Bill Clinton, dijo en defensa de los planes del gobierno para la expansión de la OTAN:

Una “Nueva OTAN” puede hacer por Europa del Este lo que la antigua OTAN hizo por la Europa del Oeste: superar viejos odios, potenciar la integración, crear un entorno seguro que fomente la prosperidad, e impedir la violencia en la región donde empezaron dos guerras mundiales y la Guerra Fría.

Si éste era el objetivo de la política exterior de EEUU es difícil evitar la conclusión de que ha fracasado espectacularmente. Robert Hunter, el embajador de EE UU ante la OTAN entre 1993 y 1998 cuando la expansión era el asunto prioritario de su agenda, ofrece una versión modificada de este argumento. Alega que los gobiernos de Bush padre y de Clinton trataron a Rusia con tacto y respeto, pero que el auténtico deterioro en las relaciones se produjo con el gobierno de George Bush hijo: “la perspectiva imperante en el gobierno de George W. Bush era la de que, ya que la Unión Soviética había perdido la Guerra Fría, EE UU y la OTAN podían hacer lo que les pareciera bien”, sostiene (Hunter, 2022, p.13). Esta actitud hizo que Bush no solo se retirase del Tratado de Misiles Antibalísticos de 1972 y utilizase el armamento prohibido anteriormente en Europa Oriental, sino que en una segunda oleada de la expansión de la OTAN (véase el Mapa 1) aceptase la incorporación de algunos de los vecinos más próximos a Rusia. Afirma Hunter que “se ofendía a Rusia marginándola desde el punto de vista estratégico y amenazándola con la utilización de nuevas armas ofensivas”, y, en consecuencia, en 2007 Rusia comunicó que abandonaba el cumplimiento de sus obligaciones dentro del Tratado del Tratado sobre Fuerzas Armadas Convencionales en Europa de 1990 en Europa, aludiendo a la expansión de la OTAN y al plan que tenía para las defensas de misiles en Europa Central (2022, p.14).

Ya sea Clinton o Bush el culpable, a partir de fuentes situadas en el espectro político occidental se puede esgrimir un argumento convincente acerca de que la expansión de la OTAN no solo ha convertido al continente en menos seguro, sino

que ha contribuido al estallido de la guerra más destructiva desde 1945. Da la impresión de que las advertencias de Kennan y Mearshiemer fueron premonitorias: casi todo lo que advirtió Kennan en 1997 ha acabado pasando. El hecho de que lo que propusieron anticipe la propaganda del Kremlin de Putin no puede ser una crítica a lo que dicen: el acto de procurar entender y explicar de forma crítica la lógica geopolítica peligrosa no debería de ningún modo confundirse con justificarla.

5.1. Geopolítica y paz en Europa

Si la expansión de la OTAN ha sido un factor en la guerra ruso-ucraniana, ¿qué se puede hacer para lograr la paz?

La respuesta de línea dura es que la OTAN es una organización de pertenencia voluntaria y cualquier Estado que cumpla con los requisitos de pertenencia debería tener la libertad de incorporarse. Los partidarios de esta postura tendrían razón en criticar la postura realista de Mearshiemer por ignorar la agencia. Según Putin, Ucrania está “supervisada” por la OTAN, y según Mearshiemer la república solo es una “zona de barrera” potencial en el juego de otro. En realidad, muchas élites políticas —que gozan de un amplio apoyo— de Europa Oriental procuraron de forma activa pertenecer a la OTAN y a la UE. Esperaban que trajera prosperidad y, como Smolenski & Dutkiewicz (2022) nos recuerdan, la protección respecto a la potencia que había demostrado que era su principal amenaza existencial en los tiempos actuales: Rusia. Como pusieron de manifiesto los acontecimientos de 2022, la OTAN no invadió en dirección al Este, sino que Rusia invadió Ucrania y, en respuesta, otros Estados como Finlandia y Suecia solicitaron el ingreso para conseguir su futura protección.

Sin embargo, la aclaración de que la OTAN no “invadió” Europa Oriental, sino que algunos elementos de la sociedad ucraniana desean alinearse con la OTAN y Occidente no niega el hecho de que Moscú considera la expansión una amenaza y que ésta por tanto forma parte del conflicto. Lo que importa es la percepción de amenaza que tiene Rusia y de qué forma la entienden y responden a ella los actores de Bruselas, Kiev y Washington. En 2014 el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergey Lavrov, dio un importante discurso de política exterior, formalmente por el vigésimo quinto aniversario de la caída del Muro de Berlín, pero que en esencia explicaba la lógica de Rusia en Ucrania. Como Kennan, lamentaba que “se había perdido la oportunidad de superar el sombrío legado de la época anterior, y de borrar de forma decisiva las líneas divisorias” (Lavrov, 2015, pp.12-13). Culpaba al expansionismo occidental, incluyendo a la UE, pero sobre todo a la OTAN: “Las garantías de que la Alianza del Atlántico Norte no se expandiría hacia el Este —que se habían dado a los líderes de la Unión Soviética—”, afirmó Lavrov “resultaron palabras huecas, porque la infraestructura de la OTAN se ha estado acercando continuamente a las fronteras rusas” (Lavrov, 2015, p. 13). Lavrov continuó diciendo que pese a las repetidas advertencias rusas de que no hay que obligar a Kiev a “elegir a un vector de su política exterior... [es decir, alinearse claramente con las estructuras geopolíticas rusas o con las occidentales], (...) No nos hicieron caso”.

Esta situación señala la opción alternativa: crear un mejor entorno de seguridad en Europa, que atienda tanto las inquietudes de Rusia como las de los Estados europeos que se sientan amenazados por ella, y que cree un contexto para desarrollar relaciones a largo plazo mutuamente beneficiosas y estables. Se podrían concebir

dos versiones, una radical y otra reformista. La radical consistiría en la abolición de la OTAN y la creación de una estructura de seguridad europea completamente nueva. Esta operación podría ser dirigida por los Estados: la Comunidad Política Europea de Emmanuel Macron recientemente convocada tuvo sus orígenes en una propuesta del difunto presidente François Mitterrand para constituer un foro de la Posguerra Fría que incluyera a la CEE (Comunidad Económica Europea), Rusia, y los países de Europa Central y Oriental (Martínez, 2022). Y si se admiten los intereses en la seguridad europea a largo plazo, dicho organismo podría incluir a EE UU, Canadá y Turquía como observadores. Pero la creación de un nuevo mecanismo de seguridad también podría ser impulsado por la activa ciudadanía europea. Existe un precedente en el activismo de los años ochenta en todo el continente. En los años setenta el gobierno del Reino Unido preparó una campaña pública de información, “Protégete y Sobrevive” (*Protect and Survive*), aconsejando pretendidamente al público sobre la manera de “protegerse” de un ataque nuclear y “sobrevivir” a la posterior destrucción. En respuesta, el importante historiador radical y activista de la paz E. P. Thompson editó el significativo *Protesta y Sobrevive* (*Protest and Survive*) (Thompson y Smith, 1980). Thompson fue uno de los fundadores del movimiento europeo por la paz del Desarme Nuclear Europeo (*European Nuclear Disarmament*). Teniendo claro que la geopolítica realista y la fiebre de la guerra en ambos lados del “telón de acero” amenazaban la paz y la supervivencia no solo de Europa sino de todo el mundo, este grupo de activistas procuró trabajar por una Europa desmilitarizada sin armas de destrucción masiva soviéticas o estadounidenses. Formaba parte de una red de activistas, científicos y pastores cristianos que rompieron con la división Este-Oeste y, como Dalby (1993) ha indicado, tuvieron un papel significativo en el replanteamiento de la seguridad europea influyendo en los políticos y asegurando que la Guerra Fría había terminado sin la violenta conflagración que muchos habían temido. Thompson escribió que “En contra de una estrategia que contempla Europa como el ‘teatro’ de una guerra nuclear limitada, nosotros proponemos hacer un teatro de la paz” (Thompson & Smith, 1980, p.59), y al reactivar una red dispersa de académicos y activistas por toda Europa, demostró cómo se podría hacer. Se basaba en la acción, no en esperar la acción del Estado: como lo expresan las palabras del Llamamiento al Desarme Nuclear: “Debemos comenzar a actuar como si ya existiera una Europa unida, neutral y pacífica” (Thompson & Smith, 1980, p.225). Según Thompson, este planteamiento conllevó la creación de nuevas lealtades y el incumplimiento de “las prohibiciones y limitaciones impuestas por los Estados nacionales”. Cuando Europa se vuelve a enfrentar al espectro de la guerra nuclear, semejante reinención “de geopolítica pacífica” de Europa (Megoran, 2010) podría contribuir a sentar las bases de una paz duradera en el continente.

La segunda posibilidad de reforma más modesta consistiría en aceptar las arquitecturas militares, políticas y económicas existentes en el continente, incluyendo la UE y la OTAN, pero reformándolas de un modo que hagan una mejor labor en la creación de seguridad para todos. A efectos prácticos supondría mantener la OTAN como está actualmente, pero dando garantías sobre el despliegue militar tanto de la OTAN como de Rusia. En diciembre de 2021 Rusia propuso dos borradores de tratados sobre las relaciones ruso-occidentales en esta línea. La esencia de ambos tratados era, en palabras del bilateral, que “Las Partes no utilizarán los territorios de otros Estados con la intención de preparar o efectuar un ataque armado contra la otra Parte u otras acciones que perjudiquen los intereses principales de seguridad de la

otra Parte” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, 2022b) – una búsqueda de garantías de seguridad mutua. La primera era un acuerdo bilateral, el “Tratado entre Estados Unidos de América y la Federación Rusa sobre las garantías de seguridad”. Incluía referencias a la creación de confianza y transparencia, pero sus compromisos fundamentales eran no utilizar misiles de corto y medio alcance, así como todos los arsenales nucleares, fuera de los territorios nacionales, y en concreto requería que Estados Unidos evitara la ulterior expansión de la OTAN a Estados que habían sido soviéticos. La segunda propuesta era de un multilateral “Acuerdo sobre medidas para asegurar la seguridad de la Federación Rusa y los Estados miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, 2022a). Reconocía la necesidad de seguridad colectiva en Europa, afirmando que “una respuesta efectiva a los retos y amenazas actuales a la seguridad en nuestro mundo interdependiente requiere esfuerzos conjuntos” tanto de Rusia como de la OTAN. La esencia del tratado era que Rusia y la OTAN “no emplearán fuerzas militares y armamento en el territorio de cualquiera de los demás Estados en Europa que se añada a las fuerzas situadas en dicho territorio desde el 27 de mayo de 1997” (excepto por autorización en emergencias), y “no empleará misiles terrestres de corto y medio alcance en zonas que les permitan alcanzar el territorio de las otras Partes”. También establecía que la OTAN no procuraría seguir expansionándose, “incluyendo el acceso a Ucrania”. La supervisión y el mantenimiento de este acuerdo se llevaría a cabo con consultas bilaterales o multilaterales, incluyendo el Consejo OTAN-Rusia, el intercambio regular de información sobre actividades militares como medida para fomentar la confianza, y el establecimiento de líneas directas de teléfono “para mantener contactos de emergencia”. Efectivamente, esto significaría que Rusia aceptaba las oleadas 2 y 3 de la expansión de la OTAN como realidades sobre el terreno, pero devolvía las fuerzas de EE UU, de Gran Bretaña y de otros a las fronteras de la oleada 1 de la OTAN y preveía que no hubiera sucesivas oleadas. Se trata esencialmente de restaurar las relaciones y la utilización de tropas a la época de Clinton, confirmando quizá el análisis de Robert Hunter acerca de la importancia del cambio de política de George W. Bush. Puesto que fueron descartados sin pensarlo dos veces por las autoridades de la OTAN, nunca sabremos si eran intentos genuinos del Kremlin para evitar la guerra a gran escala de 2022.

Conclusión

La guerra en Ucrania empezó de forma efectiva en 2014, y la escalada de 2022 es una pesadilla para la población de la república que ha sido sometida a una invasión ilegal e inmoral combatida con medios despreciables —y posiblemente genocidas— que les ha infligido un inenarrable sufrimiento. En el momento de escribir este artículo, y pese a que se han producido recientemente éxitos militares ucranianos, no se vislumbra el final, Ucrania jurando luchar para reclamar todo su territorio, y Rusia jurando conseguir sus objetivos. Hay muchos conflictos etnoterritoriales en el mundo que, con mayor o menor grado de intensidad, se han prolongado durante décadas en que cada bando recibe apoyo de sus aliados, como por ejemplo los de India y Pakistán, Israel y Siria o las cuestiones chipriotas. En común con esos ejemplos, en el centro del duradero conflicto ruso-ucraniano hay luchas en torno a la geografía

política —en qué modo imaginar, llamar, organizar y controlar el espacio en las escalas locales, regionales (subnacionales), nacionales e internacionales—. No obstante, lo que es excepcional respecto a este conflicto no son solo los efectos catastróficos más amplios, tanto en los pobres que sufren hambre globalmente como en el entorno porque la crisis de la energía retrasa las medidas para paliar el calentamiento global, sino también el peligro de escalada nuclear debido a designios, accidentes o errores de cálculo. Incluso si Ucrania consigue expulsar completamente a las fuerzas rusas de su territorio, es difícil imaginar una repentina declaración de “paz” duradera. El mundo no puede cruzar los dedos y esperar que el conflicto se calme y se “congele” olvidándose en gran parte, o que las amenazas nucleares rusas solo sean faroles y bravatas, o que no tarde en producirse el cambio de régimen en Rusia (o de producirse que conlleve un régimen más transparente y pacífico) (Zubok, 2022). Tarde o temprano los partidarios occidentales de Ucrania (y, aunque tengan menos influencia, los aliados autoritarios de Rusia) tendrán que ayudar a los contendientes a trasladarse del campo de batalla a la mesa de negociaciones, arbitrando un intento diplomático de detener la guerra y llegar a un acuerdo perdurable.

Este artículo ha esbozado algunos elementos fundamentales de geografía política de lo que las negociaciones de paz podrían suponer: el reconocimiento de Rusia de los límites fronterizos ucranianos y el abandono de la ocupación militar y el intento de anexionarse territorio ucraniano; alguna forma de arrendamiento u otro convenio de soberanía compartida para Crimea; variantes de disposiciones de Autonomía No-Territorial que garanticen los derechos de las minorías en el Donbas; autorización para que las comunidades locales tomen sus propias decisiones sobre memoria y espacio público; y el desarrollo de una nueva arquitectura de seguridad para Europa que garantice la seguridad de Rusia así como de los países europeos orientales postsoviéticos —y, por supuesto, del continente en toda su extensión—.

La guerra nunca tiene una única causa y sin duda hay muchas deficiencias en este artículo y muchas cuestiones que deja sin respuesta. No es un intento de explicar completamente la guerra, que también conllevaría historias políticas y diplomáticas, así como análisis psicológicos, ideológicos, políticos y sociológicos de la sociedad rusa actual y de sus líderes en la lucha por hacer frente a la realidad de la pérdida del imperio y del estatus. Ni aborda todos los requisitos necesarios para que la paz sea justa. Según la concepción del teólogo Perry Yoder de la paz como “consentimientos” (*okayness*) caracterizados por relaciones sociales justas y bienestar físico (Yoder, 1987), la paz incluiría estimaciones y recuentos precisos de los crímenes de guerra cometidos, las reparaciones y algún día la reconciliación. Ni tampoco se propone sugerir mecanismos para lograr y poner en práctica un acuerdo. Pero lo que sí hace este análisis es reconocer, con Gearoid Millar, que “la lógica subyacente de legitimación que estimula los conflictos actuales rebasa fronteras y atraviesa escalas” (Millar, 2020, p.261).

Hay algunas personas que se opondrán a la tentativa de analizar los agravios geográficos del Kremlin como yo he hecho en este y en otros textos (Megoran, 2022). Prefieren reducir las historias y geografías complejas a moralidades (*morality plays*)⁴ y aclamar a los buenos que matan a los malos. Pero procurar entender el análisis

⁴ *Morality play* era un tipo de alegoría teatral típica del final de la Edad Media en la que el protagonista se encuentra con personificaciones de diversos atributos morales que intentan conducirlo a una buena vida [Nota de la traductora].

crítico no es lo mismo que justificarlo: más bien, es decisivo para planear el rumbo a la paz. En su discurso presidencial ante la Asociación de Geógrafos Estadounidenses, Wallace Atwood declaró que la geografía tiene una “enorme responsabilidad” para fomentar un “entusiasmo mundial por la paz” y contribuir a erradicar “las prácticas detestables de la guerra” (Atwood, 1935, pp.15-16). La guerra ruso-ucraniana es un crudo recordatorio de esa permanente responsabilidad.

Agradecimientos

Gracias a Heriberto Cairo por la invitación a escribir este artículo, y a Simon Dalby por sus comentarios a un borrador anterior de este artículo.

Referencias

- Akbarzadeh, S. (1996). Nation-building in Uzbekistan. *Central Asian Survey*, 15(1), 23-32.
- Aksenov, P. (2013). Stanislav Petrov: The man who may have saved the world. *BBC News*, 23 de septiembre. Recuperado de <https://bbc.co.uk/news/>
- Allworth, E. (1990). *The Modern Uzbeks*. Stanford, CA: Hoover.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Åtland, K. (2020). Destined for deadlock? Russia, Ukraine, and the unfulfilled Minsk agreements. *Post-Soviet Affairs*, 36(2), 122-139.
- Atwood, W. (1935). The increasing significance of geographic conditions in the growth of nation-states. *Annals of the Association of American Geographers*, 25(1), 1-16.
- Atzili, B. (2007). When good fences make bad neighbours: fixed borders, state weakness, and international conflict. *International Security*, 31(3), 139-173.
- Barrett, A. (2016). *False alarms, true dangers? Current and future risks of inadvertent U.S.-Russian nuclear war*. Rand Corporation (Perspective series, no. PE-191-TSF). <https://doi.org/10.7249/PE191>
- Björkdahl, A. S. K. (2021). Spaces of peace. En O. P. Richmond y G. Visoka (Eds.), *The Oxford Handbook of Peacebuilding, Statebuilding, and Peace Formation* (pp. 139-151). Oxford: Oxford University Press.
- Bohr, A. (1998). The Central Asian states as nationalising regimes. En G. Smith, V. Law, A. Wilson, A. Bohr y E. Allworth (Eds.), *Nation-Building in the Post-Soviet Borderlands: The Politics of National Identities* (pp. 139-164). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brubaker, R. (1996). *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clem, R., & Craumer, P. (2008). Orange, Blue and White, and Blonde: The Electoral Geography of Ukraine's 2006 and 2007 Rada Elections. *Eurasian Geography and Economics*, 49(2), 127-151.
- Crawford, J. (2006). *The Creation of States in International Law*. (2ª ed). Oxford: The Clarendon Press.
- Dalby, S. (1993). Post-Cold War security in the new Europe. En J. O'Loughlin y H. van der Wusten (Eds.), *The New Political Geography of Eastern Europe* (pp. 71-85). Londres: Bellhaven.

- David, M., & Duke, D. (1995). Ukraine, Russia, and the question of Crimea. *Nationalities Papers*, 23(2), 261-289.
- DeCamp, D. (2022). Jake Sullivan says US Wants 'Independent' Ukraine and a 'Weakened' Russia. *Defend Democracy Press*, 11 de abril. <https://www.defenddemocracy.press/jake-sullivan-says-us-wants-independent-ukraine-and-a-weakened-russia/>
- Dickinson, P. (2021). Putin's new Ukraine essay reveals imperial ambitions. *Atlantic Council: Ukraine Alert*, 15 de julio. Recuperado de <https://www.atlantic-council.org/blogs/ukrainealert/putins-new-ukraine-essay-reflects-imperial-ambitions/>
- Diener, A. (2004). *Homeland Conceptions and Ethnic Integration Among Kazakhstan's Germans and Koreans*. Lampeter: Edwin Mellen Press.
- Diener, A. (2009). *One Homeland or Two? The Nationalization and Transnationalization of Mongolia's Kazakhs*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Dogan, H. (2022). *Power, culture, and elite interactions: A neoclassical realist analysis of US grand strategy and foreign policy towards Russia, 1993-2001*. Exeter.
- Fumagalli, M., & Rymarenko, M. (2022). Krym. Rossiya...Navsegda? Critical junctures, critical antecedents, and the paths not taken in the making of Crimea's annexation. *Nationalities Papers* (en línea). <https://doi.org/10.1017/nps.2021.75>
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Oxford: Blackwell.
- George, J. (2009). Expecting ethnic conflict: The Soviet legacy and ethnic politics in the Caucasus and Central Asia. En A. Wooden y C. Stefes (Eds.), *The Politics of Transition in Central Asia and the Caucasus* (pp. 75-102.). Londres: Routledge.
- Henrikson, A. (2022). The trauma of territorial break-up: The Russia-Ukraine conflict and its international management – geopolitical strategy and diplomatic therapy. *Geopolítica(s)*, 13(1), 11-36.
- Hirsch, F. (2005). *Empire of Nations: Ethnographic Knowledge and the Making of the Soviet Union*. Londres: Cornell University Press.
- Hobsbawm, E. (1990). *Nations and Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality*. (2ª ed). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hunter, R. (2022). The Ukraine crisis: why and what now? *Survival*, 64(1), 7-28.
- Inwood, J., & Tyner, J. (2011). Geography's pro-peace agenda: an unfinished project. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 10(3), 442-457.
- Ishchenko, V. (2011). Fighting Fences vs Fighting Monuments: Politics of Memory and Protest Mobilization in Ukraine,. *Debate: Journal of Contemporary Central and Eastern* 19(1-2), 369-395.
- Kassymbekova, B. (2011). Humans as territory: forced resettlement and the making of Soviet Tajikistan, 1920-38. *Central Asian Survey*, 30(3-4), 349-370.
- Kedourie, E. (1971 [1960]). *Nationalism*. (3ª ed). Londres: Hutchinson University Library.
- Kennan, G. (1997). A fateful error. *New York Times*, 5 de febrero, p.23. Recuperado de <https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html>
- Klatt, M. (2022). Schleswig and Non-Territorial Autonomy – The Territorial Trap? *Nationalities Papers*, 50(5), 906-922.
- Koopman, S. (2017). *Geographies of Peace*. *Oxford Bibliographies*. Recuperado de www.oxfordbibliographies.com.
- Lavrov, S. (2015). Russia's Priorities in Europe and the World. *Horizons*, Winter 2015(2), 12-21.
- Lerner, H. (2011). *Making Constitutions in Deeply Divided Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Liphshiz, C. (2020). Israel and Poland slam glorification of Nazi collaborators in Ukraine. *Jewish Telegraphic Agency*, 2 de enero. Recuperado de <https://www.jta.org/quick-reads/israel-and-poland-slam-glorification-of-nazi-collaborators-in-ukraine>
- Lynn, N. J., & Fryer, P. (1998). National-territorial change in the republics of the Russian north. *Political Geography*, 17(5), 567-588.
- Mackinder, H. (1890). The physical basis of political geography. *The Scottish Geographical Magazine*, 6(2), 78-84.
- Mackinder, H. (1917). Some geographical aspects of international reconstruction. *Scottish Geographical Magazine*, 33(1), 1-11.
- Malloy, T. (2017). Functional non-territorial autonomy in Denmark and Germany. En T. Malloy, A. Osipov y V. Balázs (Eds.), *Managing Diversity Through Non-Territorial Autonomy* (pp. 183-204). Oxford: Oxford University Press.
- March, A. (2003). From Leninism to Karimovism: hegemony, ideology, and authoritarian legitimation. *Post-Soviet Affairs*, 19(4), 307-336.
- Marshall, T. (2015). *Prisoners of Geography: Ten Maps That Tell You Everything You Need to Know About Global Politics*. Londres: Elliott and Thompson.
- Marston, G. (1994). The stability of land and sea delimitations in international law. En G. Blake (Ed.), *World Boundaries Volume 5: Maritime Boundaries* (pp. 144-167). Londres: Routledge.
- Martinez, S. (2022). *The European Political Community: a successful test?* Centre for Strategic and International Studies. Recuperado de <https://www.csis.org/analysis/european-political-community-successful-test>
- McConnell, F., Megoran, N., & Williams, P. (Eds.). (2014). *Geographies of Peace*. Londres: I.B. Tauris.
- Mearsheimer, J. (2014). Why the Ukraine crisis Is the West's fault: The liberal delusions that provoked Putin. *Foreign Affairs*, 93(5), 77-84.
- Megoran, N. (2010). Towards a geography of peace: pacific geopolitics and evangelical Christian Crusade apologies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 35(3), 382-398.
- Megoran, N. (2011). War and peace? An agenda for peace research and practice in geography. *Political Geography*, 30(4), 178-189.
- Megoran, N. (2017). *Nationalism in Central Asia: A Biography of the Uzbekistan-Kyrgyzstan Boundary*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.
- Megoran, N. (2022). "Russian Troops Out! No to NATO expansion!" A pacific geopolitics for a new Europe. *Political Geography*, 98, 102699.
- Megoran, N., & Dalby, S. (2018). Geopolitics and peace: A century of change in the discipline of geography. *Geopolitics*, 23(2), 251-276.
- Megoran, N., & Sharapova, S. (Eds.). (2013). *Central Asia in International Relations: The Legacies of Halford Mackinder*. Londres: Hurst and Co.
- Millar, G. (2020). Toward a trans-scalar peace system: challenging complex global conflict systems. *Peacebuilding*, 8(3), 261-278.
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa. (2022a). *Agreement on measures to ensure the security of The Russian Federation and member States of the North Atlantic Treaty Organization (draft text)*. Recuperado de https://mid.ru/ru/foreign_policy/rso/nato/1790818/?lang=en
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa. (2022b). *Treaty between The United States of America and the Russian Federation on security guarantees (draft text)*. Recuperado de https://mid.ru/ru/foreign_policy/rso/nato/1790818/?lang=en

- Murphy, A. B. (2022). The modernist territorial order and the Ukraine crisis. *Political Geography*, 97(102667). <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2022.102667>
- Nairn, T. (2003). *The Break-Up of Britain*. (2ª ed). Edinburgo: Big Thinking.
- NATO (The North Atlantic Treaty Organisation). (2008). *Bucharest Summit Statement*. Issued by the Heads of State and Government participating in the meeting of the North Atlantic Council in Bucharest on 3 April 2008. Recuperado de https://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_8443.htm
- Ó Tuathail, G. (1992). Putting Mackinder in his place: material transformations and myth. *Political Geography*, 11(1), 100-118.
- Okunev, I. (2019). *Political Geography*. Oxford: Peter Lang.
- Park, W. (1986). *Defending the West: A History of NATO*. Brighton: Wheatsheaf Books.
- Putin, V. (2021). On the historical unity of Russians and Ukrainians. *President of Russia*, 12 de julio. Recuperado de <http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181>
- Radio Free Europe / Radio Liberty. (2021). Zelenskiy trolls Putin after Russian President publishes article on Ukraine. *RFERL*, 13 de julio. Recuperado de <https://www.rferl.org/a/zelenskiy-trolls-putin-ukraine/31356912.html>
- Rozenas, A., & Vlasenko, A. (2022). The Real Consequences of Symbolic Politics: Breaking the Soviet Past in Ukraine. *The Journal of Politics*, 84(3), 1263-1277.
- Ryabchuk, A. (2014). Right Revolution? Hopes and Perils of the Euromaidan Protests in Ukraine. *Debate: Journal of Contemporary Central and Eastern*, 22(1), 127-134 <https://doi.org/10.1080/0965156X.2013.877268>
- Simonsen, S. G. (2000). "You take your oath only once:" Crimea, the black sea fleet, and national identity among Russian officers. *Nationalities Papers*, 28(2), 289-316.
- Smith, A. (1991). *National Identity*. Londres: Penguin.
- Smith, G. (1996). The Soviet state and nationalities policy. En G..Smith (Ed.), *The Nationalities Question in the Post-Soviet States* (pp. 2-22). Londres: Longman.
- Smoleński, J., & Dutkiewicz, J. (2022). The American pundits who can't resist "Westspaining" Ukraine. *The New Republic*, 4 de marzo. Recuperado de <https://newrepublic.com/article/165603/carlson-russia-ukraine-imperialism-nato>
- Solonenko, I. (2017). Policy and Legislative Challenges to Non-Discrimination, Minority Protection and Diversity Issues in Ukraine. *ECMI Studies*. Flensburg: European Centre for Minority Issues.
- Thompson, E. P., & Smith, D. (Eds). (1980). *Protest and Survive*. Harmondsworth: Penguin.
- Williams, P., & McConnell, F. (2011). Critical geographies of peace. *Antipode*, 43(4), 927-931.
- Williams, P., Megoran, N., & McConnell, F. (2014). Geographical approaches to peace. En F. McConnell, N. Megoran y P. Williams (Eds.), *Geographies of Peace* (pp. 1-25). Londres: I.B. Tauris.
- Yoder, P. (1987). *Shalom: The Bible's Word for Salvation, Justice and Peace*. Sevenoaks, RU: Hodder and Stoughton.
- Zubok, V. (2022). Can Putin Survive? The Lessons of the Soviet Collapse. *Foreign Affairs*, 101(4), 84-96.